

Transgresiones de la sensibilidad

A nadie se le hubiera debido pasar



por la cabeza, por lo visto o porque no tocase, tan fuera de lugar y lejos, lejísimos, del escenario de los hechos, a manos llenas sí, pero terriblemente torpes o en exceso



pequeñas para poder abarcar (pese a los denodados esfuerzos de los unos y el entusiasta jaleo de los otros), aunque nada más fuese a medias y forcejeando por que no se le cayese, tan redonda, rotunda, inmensidad de hechos entremezclados y

confusos que rodaban, ahora, ladera abajo como bola de nieve o, por buscar un símil que no quedase tan frío (o *distante* o *desabrido*, que tiempo habría si el tiempo acompañaba a decidirlo), de fuego que — y saltaba a la vista como rana de agua hirviendo — nos abrasaría hasta dejarnos reducidos a cenizas; pero, *lo que son las cosas cuando las cosas están de Dios*, dijo la abuela, se les pasó, sí, aunque no por la cabeza sino por...

Que nos quedamos sin saberlo, por cierto, o por prudencia de Estramonia que, conociéndola, propinó con disimulo un codazo a Purificación para que, aunque fuese nada más por esa vez, cerrase el pico y tuviéramos la fiesta del entierro de don Fulgencio el artillero sin meter demasiado ruido y, en la medida de lo posible, en paz y aunque solo fuera relativa y harto endeble.

Y que *en su honor*, le musitó, al oído, indicando con un leve movimiento de la cabeza suya el ataúd.